

# FORMAS DE LO POLÍTICO, SUBJETIVACIÓN Y DEMOCRACIA. UNA APROXIMACIÓN A LA OBRA DE NORBERT LECHNER

**Israel Covarrubias**

Universidad Autónoma de Querétaro  
[israel.covarrubias@uaq.mx](mailto:israel.covarrubias@uaq.mx)

**José Castro Puga**

Universidad Autónoma de Querétaro  
[josuecastropuga@gmail.com](mailto:josuecastropuga@gmail.com)

## RESUMEN

El artículo ofrece una revisión de algunos aspectos relevantes de la obra de Norbert Lechner, una de las figuras más importantes de la reflexión latinoamericana sobre la democracia y las formas de subjetivación política inherentes a ella. Además de presentar una visión general en torno a la obra de Lechner, señalando la originalidad y fecundidad de su enfoque siempre tendiente a una mirada multidisciplinar, y la forma en cómo ésta ha influido sobre diversas disciplinas de las ciencias sociales, el análisis se centra en los aportes de dos de sus obras insignia: *Los patios interiores de la democracia: subjetividad y política* (1990), y *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política* (2002). Destacamos sus contribuciones en torno al planteamiento de una crítica del contexto académico latinoamericano, las reflexiones epistémico-metodológicas relevantes para las ciencias sociales, las problemáticas culturales e identitarias presentes en la región, y su impacto político, la importancia del estudio de la vida cotidiana, la teorización sobre el dominio político en sí, la producción intersubjetiva del espacio y el tiempo, la construcción de la subjetividad, y la dimensión política de las emociones, entre otros aspectos.

**Palabras clave:** Norbert Lechner, Ciencias Sociales en Latinoamérica, Subjetividad, Cambio político, Teoría de la democracia.

## INTRODUCCIÓN

Uno de los grandes desafíos que se les presentan a las democracias en nuestros días es el de saber cómo mantener los mecanismos tradicionales de su legitimación. Es decir, cómo hacer del juego electoral y la competencia entre partidos políticos, así como de sus plataformas y su desempeño cuando encabezan los gobiernos, sigan siendo un elemento axial que comunique a las instituciones políticas con los ciudadanos, a la representación política con sus distritos electorales y con aquella forma donde se reproducen las ficciones políticas por excelencia: la nación, la república y el pueblo. Este lenguaje pareciera estar a la baja en la semántica política de nuestro tiempo, pues parece que llama más la atención de los estudiosos de la política, y menos de aquellos que la hacen en los parlamentos, en las oficinas de gobierno, en el Estado.

Si bien desde hace ya varios lustros se habla reiteradamente de que vivimos en medio de un “déficit” de la democracia, en realidad lo que se constata es que tenemos problemas con las formas de interpretación y actuación dentro de las democracias. Pareciera que esos problemas están directamente relacionados con los cambios de época que, en un *mix* de dimensiones y procesos, hacen frente a las pretensiones de su difusión global con la justificación de que es la “menos mala” de las formas contemporáneas conocidas de gobierno; pero también frenan la defensa de las libertades y los derechos como valores compartibles y potencialmente universalizables como el respeto de la dignidad de las personas y el reconocimiento de las diferencias; y dinamitan la formación de sistemas de creencias en sociedades secularizadas con formas de participación y desarrollo de la vida social, más allá de las directrices rígidas y monodireccionales que en ocasiones impone la política. Por ello, esos problemas adoptan la forma de la desconfianza hacia las formas de organización del juego democrático, identificables en diversas expresiones, como son el desconocimiento de los resultados de una elección, la organización de sistemas paralelos de legitimación, la formación de plataformas anti-políticas, el voluntarismo que suprime cualquier mediación política, la indiferencia que mezcla sentimientos de frustración

y resentimiento, la pérdida de autolimitación que resuena con fuerza en la vida social actual, entre otras (Delsol y De Ligio, 2019).

En este contexto, el nombre de Norbert Lechner es central para encaminar una reflexión sobre los problemas que las democracias manifiestan en las últimas décadas a causa de las transformaciones tanto de la política como de lo político. En particular, cuando los procesos de profundización democrática se fracturan y dejan de significar la vida diaria de los ciudadanos. Asimismo, cuando aparecen las “fracturas” históricas no resueltas en los regímenes políticos previos a la democratización, donde sus efectos inmediatos están a la vista de todos: ingobernabilidad, corrupción, crimen organizado, subversión a las formas convencionales de la representación política y protesta (Covarrubias, 2017). En este sentido, las contribuciones de Lechner, tanto teóricas como empíricas, lo colocan como uno de los precursores del debate sobre el cambio político democrático en América Latina.

La importancia de visitar algunos pasajes de su obra se debe al hecho de encontrarnos frente a un autor que tiene una obra que puede ser considerada de largo respiro en el sentido clásico del término. Lechner fue una figura innovadora de las Ciencias Sociales en América Latina. Esto lo llevo a la formación de múltiples recursos intelectuales en la región, al tiempo que introdujo nuevos debates, así como se permitió en infinidad de ocasiones “descender al campo” de la política, incluso en aquel abiertamente partidista para dar su opinión, debatir sus ideas, manifestar su apoyo abierto a determinada causa, mostrar su indignación por las arbitrariedades del poder, manifestando siempre una posición ética no negociable que hacía del ciudadano su centro de su atención, sobre todo en el subcontinente latinoamericano, en el que el abuso del poder tiene una larga carta de naturalización.

Asimismo, el impacto intelectual que ha tenido en las Ciencias Sociales latinoamericanas encuentra asidero en el hecho de que su originalidad académica no se ha logrado repetir en las generaciones posteriores, pues estas últimas están más interesadas en la consolidación

meramente disciplinar de sus saberes, y en la carrera por el reconocimiento con sus pares a nivel local y regional. Hoy precisamente constatamos la consolidación de una forma erosiva respecto a la producción de conocimientos genuinos, que nos aleja de la construcción de teorías locales propias, si se quiere de área, pero que no imitaban sin más el hermoso “afán sucursalero” que recientemente se ha señalado como uno de los principales problemas en la generación de pensamiento auténtico (Pereda, 2021). Además, las indagaciones de Lechner han contribuido decididamente a la configuración del debate regional sobre la cuestión democrática, que no se reduce solo a su dimensión institucional y/o procedimental, sino también a su forma de sociedad, donde tenemos uno de los adeudos más profundos respecto a las herencias del autoritarismo que sobreviven a los diversos procesos de democratización que la región ha experimentado desde finales del siglo pasado hasta nuestros días. Un autoritarismo que sigue siendo tiempo presente, jamás pasado, y frente al cual debemos estar atentos, sobre todo por la potencialidad no necesariamente constructiva que expresa una vez puesto en acto.

Así, en este artículo concentraremos la atención en dos de sus obras principales, a saber, *Los patios interiores de la democracia: subjetividad y política* de 1990, y *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política* de 2002, donde el problema de la significación de la democracia en la vida cotidiana de los ciudadanos está articulado de manera más puntual.

## UN BREVE RECORRIDO INTELECTUAL

Norbert Lechner (1939-2004) es un personaje excepcional en el panorama de la ciencia política latinoamericana. Nadie puede negar que es un maestro de la disciplina en términos regionales, ya que ha permitido ampliar los horizontes intelectuales en el debate sobre la cuestión democrática en América Latina. Originario de Karlsruhe, Alemania, fue un autor que adoptó al subcontinente como su segunda patria, principalmente Chile, donde formó, directa o indirectamente, a una cantidad significativa de politólogos y sociólogos políticos interesados en el fenó-

meno del cambio político que estaba alzando el vuelo en la región desde mediados de los años ochenta del siglo pasado.

Para quienes nos formamos profesionalmente en la sociología o en la ciencia política en los años noventa del siglo pasado, pero también para las generaciones posteriores, su nombre resulta familiar, porque desde entonces era un autor central en los debates en torno a la democracia, comenzando con el tema, quizá el más saqueado y atendido, de las transiciones políticas, hasta llegar a los problemas de la gobernabilidad, la debilidad del Estado latinoamericano para la construcción de áreas de igualdad, los Derechos Humanos, así como el tema de la cultura política y la ciudadanía sedimentadas por los diversos autoritarismos de la región en una serie de herencias políticas que determinaban el tipo de democracia por venir, y en el que se coloca como uno de los primeros autores en subrayar “la importancia de concebir la democracia como desarrollo de ciudadanía y en no reducirla a la figura del elector” (Vázquez Calero, 2004, p. 96), el rol de los intelectuales y los académicos en la construcción de instituciones democráticas su participación en el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo da cuenta de ello , y finalmente, el fenómeno de la subjetivación de la política, en el que es un pionero en esta área específica de estudios, si pensamos en los campos hoy emergentes en la sociología política latinoamericana que estudian los afectos, así como los estudios recientes que giran sobre los entrecruces de la subjetividad con la política.

Su obra expresa un itinerario intelectual que va de las ciencias jurídicas a las ciencias políticas, mostrando la necesidad de establecer vasos comunicantes entre ambos campos de saber. Pero sería injusto decir que son únicamente esas dos orillas las que cubren su reflexión. También encontramos excelentes textos de sociología política, y nos atreveríamos decir, de antropología y psicología políticas. Para fines expositivos, el lector puede mirar las grandes áreas de su trabajo intelectual, que fueron editadas en cuatro volúmenes -un *corpus* que suma poco más de 2000 mil páginas- por Ilán Semo, Francisco Valdés Ugalde y Paulina Gutiérrez, y publicados por el Fondo de Cultura Económica, hasta hace poco tiempo

la editorial más importante en nuestra lengua, y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), institución a la que el autor estuvo vinculado en una parte importante de su vida académica. El primer volumen está dedicado sus estudios sobre el Estado y el derecho, donde aparece su tesis doctoral publicada en 1970, un estudio dedicado a la democracia en Chile, previo al golpe de Estado (Lechner, 2012, pp. 23-146). El segundo volumen está dedicado al significado sociológico sobre la política y sus prácticas, donde aparece uno de sus libros clásicos: *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, originalmente publicado en 1984 (Lechner, 2013, pp. 242-387). El tercero, compila su reflexión sobre la cuestión democrática, en el que aparece la que quizá sea su obra más conocida, publicada en 1990 con el título de *Los patios interiores de la democracia: subjetividad y política* (Lechner, 2014, pp. 108-219). Finalmente, el cuarto volumen, que puede ser interpretado como una continuación del tercero, está dedicado a las relaciones entre subjetividad y política, donde el lector encontrará otro ensayo igualmente clásico de la ciencia política regional: *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*, de 2002 (Lechner, 2015, pp. 161-251).

Un rasgo peculiar de su trabajo es que Lechner fue un diseminador de ideas, y en este sentido, se puede decir que es un estilo de trabajo similar al de Albert O. Hirschman, Philippe Schmitter, Laurence Whitehead o Dieter Nohlen, grandes politólogos también interesados por América Latina. Cabe agregar que es un estilo que, en nuestros días, se presenta como inusual, pues el ir y venir por un texto que varía dependiendo el año en que fue publicado, agregando y corrigiendo las ideas y los marcos de referencia, y republicándolos como nuevas contribuciones a volúmenes colectivos o en revistas especializadas, es recriminado, incluso castigado, en las formas de organización del trabajo científico que predomina en las universidades de nuestro tiempo. Sin embargo, sí es un estilo clásico de hacer ciencia política, y más, en un autor que está interesado en el estudio de la historia, la sociología, el derecho y la economía. La práctica de la ciencia política que ejerció Lechner dista mucho del encasillamiento disciplinar que hoy es preponderante en América Latina. Con un pie en la filosofía jurídica y política, y el otro en la sociología de la política, su

forma de conjugar análisis empíricos y coyunturales con la reflexión de largo respiro hacen de su obra un crisol enriquecido de conceptos cuyo tratamiento histórico es original.

Derivado del punto anterior, merece atención su idea de ciencia política. En particular, son destacables sus esfuerzos por visibilizar el lugar desde el cual se habla, que establece parámetros interpretativos vinculados y determinados con las situaciones políticas concretas, que lo llevan a abrir una discusión que sigue vigente acerca de la relación centro-periferia en la producción académica, y que puede ser indicada como el problema del colonialismo intelectual. Asimismo, ya desde su tesis doctoral, insistirá sobre el problema de la ficción de la objetividad cognoscitiva, y el estudio de la política como estudio de las relaciones de dominación y del conflicto entre clases sociales. En pocas palabras, la ciencia política debe ser una ciencia crítica frente poder de las clases dominantes, aseveración que es más válida cuando está inscrita en el contexto latinoamericano (Lechner, 2012).

Otro elemento que no se debe perder de vista, es el papel que Lechner otorga a las interpretaciones en la creación, aceptación y legitimación de las instituciones públicas. Esta aseveración es esencial para la comprensión del éxito o el fracaso de los diseños institucionales más aptos para la vida democrática. Al respecto, sugiere que:

La constitución de los sujetos es un proceso fundamentalmente ideológico, porque la realidad social es ambigua. No sabría explicar esa ambigüedad. Presumo que toda producción material es, a la vez, una producción de significados; pero esos sentidos intrínsecos a las prácticas sociales no son unívocos. No es un asunto de opacidad-transparencia ni, por lo tanto, de acumular conocimiento para “saber exactamente lo que pasa”. La ambigüedad de la realidad social se sustrae a un conocimiento exacto (o aproximativamente exacto), requiere interpretación. La interpretación, intersección de concepto y metáfora, es un acto creativo; tiene lugar una “construcción social de la realidad”, en el sentido de que “la

realidad” es, a la vez, una objetivación material y simbólica de la actividad humana (Lechner, 2013, p. 268).

Esta afirmación es relevante en la medida en que nos ayuda a la comprensión del rol del Estado en la producción de identidades sociales,<sup>1</sup> así como en el desciframiento del desarrollo político como desarrollo antagónico, y no como un mero proceso lineal al cual hay que construir partir de modelos económicos o teóricos. Estos dos ejes serán la punta de lanza del enorme debate sobre la democracia que tendrá lugar en el pasaje del siglo XX al siglo XXI. Cabe agregar que, con el cambio de siglo, aparece la palabra déficit para connotar las formas organizacionales de las democracias. De hecho, cuando se empieza a hablar de problemas con la democracia, la intención era significar una serie de problemas no resueltos heredados de las estaciones políticas anteriores, sobre todo cuando los puertos de partida eran manifestaciones de regímenes políticos no democráticos. Sin embargo, junto a las promesas no mantenidas de la democracia, como las definió Norberto Bobbio (1984), aparecía la evidencia “viva” de que los conflictos se daban entre sujetos, no solo entre instituciones y sujetos. Decir “entre” sujetos supone tomar en consideración los espacios políticos de controversia entre percepciones y necesidades divergentes en torno a los ejes de desarrollo de la vida social en la democracia. Entonces, cuando la subjetividad está en juego, la peculiaridad de la nueva lógica del conflicto democrático es que este no se puede resolver, quizá se puede reducir con estrategias institucionales, pero no puede ser sellado y/o disuelto por completo (Covarrubias, 2015).

Al mismo tiempo, se puede señalar que el ánimo que recorría los primeros lustros del siglo XXI era distinto al manifestado en el último decenio del siglo XX, cuando después de la disolución del bloque soviético, aparecía un “hecho” incuestionable que pretendió coronar a la democracia como la única opción política en el contexto internacional, y con esto señalar una “supuesta” marcha triunfal de la misma, expresada,

---

1 Para Lechner, “El Estado no es una ilusión o un engaño sino una abstracción real, y además necesaria, donde las divisiones sociales encuentran un espacio de mediación y la sociedad un lugar donde representarse” (Burbano de Lara, 2004, p. 146).

por ejemplo, en dos de sus más feroces voceros como fueron Fukuyama (2006) y Huntington (1995). A la “marcha triunfal” de la democracia le siguió un momento histórico de apertura y consolidación de sus tensiones internas, cuyo punto más visible es la lógica creciente de segregación institucional y la exclusión de las áreas de igualdad (por ejemplo, en lo que atañe a la reforma de los sistemas de pensiones y servicios públicos ordinarios: agua, luz, alcantarillado, etcétera) de nichos cada vez más crecientes de ciudadanos, fenómeno acompañado por secuencias de desbordamientos sociales y crecimiento de una suerte de política de la reacción, incluso violenta, a la exclusión, que sigue su marcha en diversas latitudes hasta el día de hoy.

Al disolverse la lógica amigo-enemigo, propia de la relación entre democracia-socialismo que soportó el concierto entre las naciones desde comienzos de la segunda posguerra, aparece una nueva tensión constitutiva de la democracia: la modificación de los mapas mentales respecto al tema de la confianza que podía producirse entre sujetos, sobre todo bajo la cara de algunos de sus reversos en el espacio político “tradicional” de la democracia: el miedo al extranjero al que, por su falta de filiación en el mercado nacional preponderante de la cultura, se le agrade (xenofobia); pero también está el miedo que aparece con la figura del extraño del interior, el extranjero en tierra propia (aquel que manifiesta una posición de inferioridad política en el interior de la propia sociedad) en medio de una creciente producción de nuevos mercados del desamparo que, por su parte, importan un efecto negativo para la socialidad democrática pues están fincados en la incapacidad de disolver la exclusión en el ámbito económico al tiempo de producir su correlato, finalmente, en el miedo al sinsentido (Lechner, 2014<sup>a</sup>, pp. 354-365; Lechner, 2015, pp. 177-203).

Por consiguiente, en este contexto es posible enmarcar las dos obras de Lechner que discutiremos en los párrafos sucesivos.

## DE LOS PATIOS INTERIORES DE LA DEMOCRACIA A LAS SOMBRAS DEL MAÑANA

*Los patios interiores de la democracia: subjetividad y política* fue publicado en 1988, donde el autor compila una serie de escritos producidos entre 1984 y 1987. Por su parte, *Las sombras del mañana. Las dimensiones subjetivas de la política*, vio la luz en 2002. Ambos libros reúnen textos escritos desde varios puntos de vista y en relación con diversos tópicos, pero con un eje transversal común: la reflexión en torno a la subjetividad política. Estas obras representan dos de las publicaciones más influyentes en la producción de Norbert Lechner y, en cierta medida, pueden fungir como ejemplos paradigmáticos de su pensamiento. Separadas por 14 años de distancia una de la otra, pueden considerarse como resultado de una etapa de madurez en la producción del autor (Camou y Di Pego, 2017). Su lectura conjunta permite comprender la relevancia y actualidad de los aportes intelectuales de Lechner. Por ello, presentaremos un análisis sobre algunas de sus reflexiones más esclarecedoras y provocadoras, que han calado con fuerza en el desarrollo de las miradas de las Ciencias Sociales sobre los fenómenos políticos en América Latina, y principalmente en el Cono Sur.

Norbert Lechner aporta una serie de reflexiones de que repercuten sobre puntos claves para el ejercicio de lectura no solo en torno a la política y la democracia en general, sino también para plantear un pensamiento político *situado*, adecuado al contexto de las sociedades latinoamericanas concretas. La suya es, al mismo tiempo, una obra de gran relevancia para un replanteamiento teórico-conceptual y una suerte de hoja de ruta, con importantes aportes metodológicos, orientados a ofrecer perspectivas desde las cuales promover tanto el estudio como la transformación de las formas de vida asociativa realmente existentes.

La validez de sus análisis sobre la ausencia de referentes y esquemas teóricos adecuados para enfrentar los fenómenos políticos latinoamericanos, descansa sobre uno de los aspectos fundamentales de su obra: un profundo diagnóstico sobre el contexto cultural, político e intelectual de

las sociedades de la región, capaz tanto de detectar heridas específicas, resultantes de las experiencias autoritarias y las dinámicas de marginación relacionadas con la precariedad de la vida en países estructuralmente dependientes, así como de visibilizar una serie de taras socio-históricas derivadas tanto de las formas en que se han establecido el poder público, el entramado institucional y el sistema económico, como de las dinámicas simbólico-culturales que han configurado la vida cotidiana de los sujetos políticos.

De este modo, Lechner se presenta como un brillante diagnosticador de la patológica incapacidad latinoamericana para alcanzar a nivel colectivo el proverbial *γνωθι σεαυτόν* (*gnóthi seautón*, “conócete a ti mismo”), necesario para implementar las grandes transformaciones sociales a partir de verdaderos proyectos biográficos y colectivos. Pero, al diagnosticar, efectivamente indaga sobre las causas de esa condición, y no se limita a denunciar sus síntomas. Habla de una América Latina caracterizada por “culturas no asentadas” (Lechner, 2014, p. 116), una gran heterogeneidad estructural y largas tradiciones estatistas y autoritarias, que se encuentra en una suerte limbo, atascada entre tendencias premodernas, por un lado, y posmodernas, por el otro. De este modo, los procesos democratizadores y modernizadores no han logrado encontrar asidero para enraizarse, pues “[la] revalorización de los procedimientos e instituciones formales de la democracia no puede apoyarse en hábitos establecidos y en normas reconocidas por todos” (2014, p. 126). Para él, la realidad latinoamericana es la de una acción política detenida en un presente perpetuo, un carácter signado por requerir y a la vez refutar “los conceptos elaborados en las sociedades capitalistas desarrolladas” (2014, p. 119), que resulta en una impotencia para repensar lo posible y deseable como perspectiva colectiva.

De este modo, tenemos sociedades débiles, con identidades colectivas erosionadas, donde el *nosotros* es precario y los sujetos se refugian en el ámbito de lo privado, sin encontrar asidero para enfrentarse a la autonomía de los sistemas funcionales que se les imponen y a los cuales tienen desigual acceso (Lechner, 2015, pp. 193-200). Se trata de contextos

nacionales en donde la debilidad del Estado de derecho propicia marcos de paralegalidad, con fronteras dúctiles entre lo público y privado derivadas de un ámbito de lo formal que constantemente traspasa las barreras de lo jurídicamente instituido, de modo que tienen dificultades para crear, al mismo tiempo, nuevos pactos y culturas políticas, a la vez que se enfrentan las exigencias de la gobernabilidad y la satisfacción de las necesidades sociales.

Todo lo anterior, por añadidura, en medio de las tensiones generadas por el clima cultural posmoderno, del que no pueden escapar. Para Lechner, la posmodernidad es acompañada de la vivencia de un tiempo acelerado, donde “ya nada se afirma; [e] incluso la identidad sucumbe al vértigo” (Lechner, 2014, p. 172), operándose la avasalladora irrupción de un presente omnipresente (Lechner, 2015. pp. 205-207). El clima cultural posmoderno se ve determinado por procesos de desencanto político y fortalecimiento de una nueva sensibilidad, apática y desarticulada, que se expresa en un aplanamiento de la vida social (Lechner, 2014: 167).<sup>2</sup> En él, se genera y promueve un “individualismo negativo”, como consecuencia del “deterioro del *animus societatis* en los distintos ámbitos” (Lechner, 2015, p. 171). Bajo el influjo posmoderno, la “experiencia cotidiana parece cada vez más restringida a un ámbito estrecho e inmediato” (Lechner, 2015, p. 172), y los sujetos devienen en ciudadanos-consumidores, abstrayéndose consciente e inconscientemente de la construcción de lo público, dedicados a consumir los productos (en el amplio sentido del término) que los procesos de globalización ponen a su alcance.

Lechner tiene claro, y la pedagógica forma en que lo expone es un valioso aporte en sí mismo, lo fundamental que resulta asumir que la teoría social es un producto cultural, un discurso atravesado por las ideologías, que descansa “no sólo sobre los conocimientos acumulados, sino que incluye asimismo creencias, miedos y anhelos” (Lechner, 2015, p. 175). Con esa consideración presente en todo momento, da cuenta de las distintas formas en que las comunidades intelectuales, sus visiones y discursos,

2 Recientemente quien ha discutido el fenómeno del aplanamiento de la sociedad democrática es Roy (2022).

han respondido tanto a su contexto concreto como a la influencia de las perspectivas y preocupaciones teóricas dominantes en las latitudes hegemónicas del mundo académico, y a las derivaciones que han surgido como consecuencia de la resultante producción de pensamiento.

Así, en *Los patios interiores de la democracia* ofrece una revisión crítica del desarrollo histórico del pensamiento teórico latinoamericano en torno a la política desde fines de los años sesenta, presentando y caracterizando sus grandes temas y preocupaciones, sus discusiones y sobre todo los puntos que dicha producción intelectual dejaba en la penumbra. Señala cómo el estudio de temas centrales como la revolución, la democratización y el Estado, se dio, en parte, a partir de preocupaciones intelectuales coyunturales, modas académicas y como reacción al trauma provocado por el autoritarismo. Evalúa la tendencia de las teorías latinoamericanas a ser producidas desde una izquierda que, a falta de contraparte intelectual local, debate con posiciones planteadas desde los países desarrollados, lo cual tiende a “distorsionar sus esfuerzos” para explicar el contexto regional (Lechner, 2014, p. 121). Expone cómo la década de los ochenta estuvo signada, en el debate teórico latinoamericano, por la preocupación en torno a la democratización y el Estado autoritario, al tiempo que apunta cómo, en el contexto de las experiencias autoritarias recientes, esto parecía responder más bien a un clima que articulaba más el pensamiento de la democracia en tanto esperanza y denuncia del autoritarismo que como problema, lo que no basta para conformar un verdadero proyecto.<sup>3</sup> Señala cómo la propia izquierda, en su momento, compartía inadvertidamente con el pensamiento neoliberal una significación instrumentalista de la política, misma que debe ser superada de manera definitiva. Para él, una transformación social de fondo, que permita cristalizar un orden democrático en los países de

---

3 Por supuesto, esto no implica que Lechner se evada de la tarea de elaborar sus propias denuncias del autoritarismo pero, en su caso, la denuncia, tanto implícita como explícita, es adjetiva a la profunda problematización que plantea en torno al autoritarismo como fenómeno, sobre todo en su texto “Hay gente que muere de miedo”, publicado en *Los patios interiores de la democracia*, en el que explora cómo la cultura del miedo es una condición para la reproducción del régimen autoritario, pues erosiona los referentes de lo *acceptable*, presentándose como el único orden viable. Es decir, se da lugar a una “apropiación autoritaria de los miedos” como dispositivo de destrucción-construcción de subjetividades.

la región, requiere superar la crisis de referentes, tanto en el sentido de construir los propios (adecuados al contexto), como en el de establecer una semántica suficientemente común (donde, por ejemplo, sea posible un entendimiento colectivo de qué se entiende por sociedad democrática o por socialismo, en generalidades importantes de la intelectualidad primero, y la sociedad, después). De ahí la relevancia de esta labor de revisión de itinerarios intelectuales, porque el papel de los científicos sociales y los intelectuales es clave.

Debemos remarcar el impacto que tuvo la obra de Lechner para colaborar con la metamorfosis de los debates intelectuales en América latina. En especial, su ensayo “De la revolución a la democracia”, incluido en *Los patios interiores de la democracia*, fue mayúsculo, como señala Edelberto Torres Rivas en una entrevista (Rovira Mas *et al.*, 2009). Este texto tuvo una enorme difusión internacional y promovió de forma significativa entre la izquierda latinoamericana la idea de un compromiso posible y necesario con la democracia representativa en la segunda mitad de la década de los ochenta, momento en el que, dicho sea de paso, tal perspectiva era minoritaria. De hecho, el libro en su conjunto tuvo una amplia influencia, contribuyendo a nutrir la argumentación de distintos movimientos sociales e intelectuales reivindicatorios,<sup>4</sup> en buena parte gracias a su forma de refutar los enfoques de análisis sesgados y unilaterales, ofreciendo al mismo tiempo el marco de una perspectiva integradora.

La habilidad de Lechner para observar el complejo mundo de lo social desde una perspectiva multidimensional, incluso podría decirse multidisciplinaria, caracteriza ambos libros y es uno de sus muchos legados. Lechner no se presenta, jamás, comprometido únicamente con esta o aquella perspectiva de análisis, pues rechaza el error de pretender, desde lo modélico, tener elementos suficientes como para poder agotar *lo real*. Deja claro, tanto en *Los patios interiores de la democracia* como en *Las sombras del mañana*, su rechazo a los esencialismos

4 Por ejemplo, Guzmán (2007) señala cómo varias connotadas feministas latinoamericanas, como Magdalena León en Colombia, Gina Vargas en Perú, Sonia Montano en Bolivia o Cecilia Lora en México, acudieron a esta y otras obras de Lechner para nutrir el desarrollo de sus posiciones teóricas.

y determinismos que, en mayor o menor medida, han caracterizado la producción teórica regional, desde sus diversas perspectivas y en sus distintas etapas de producción (incluido el marxista), por incapaces de transformar el orden social para hacerlo más equitativo, libre y democrático. En ambos libros, y el *corpus* de su obra, se evidencia la forma en que se distancia de aquellos, desde el determinismo económico que piensa a los sujetos como entes predeterminados, hasta la visión sobre la política en tanto función instrumentalista, pasando por la reducción de la racionalidad a racionalidad instrumental, el falso realismo que pretende ser ajeno a cualquier discurso ideológico y la cojera teórica que se presenta al centrarse únicamente en la dimensión institucional, tan característica de los “transitólogos” anglosajones. En cambio, Lechner resalta la importancia de mirar los fenómenos socio-políticos, tomando en cuenta el análisis del Estado, las estructuras de poder, el diseño institucional, la comprensión histórica, las dinámicas de dependencia, la sociología de la vida cotidiana, la psicología social y la producción de imaginarios. Lechner presenta alternativas para mirar, analizar, intuir, ensayar explicaciones y proponer, sin desdeñar ni agencia y subjetividad, ni estructura (y su poder para influir sobre lo social). Y, desde este lugar, integrador y *sui generis*, llama a la necesidad de crear perspectivas propias, verdaderamente situadas.

El autor chileno pone especialmente relieve en la importancia de tomar en serio el campo de la vida cotidiana, pues es “el ámbito concreto en que se define el modo de vida” (Lechner, 2014, p. 132). Para él, el realismo político es una categoría “referida a la construcción de un nuevo orden” (Lechner, 2014, p. 143), por lo que tiene que ver con la determinación de lo posible. Pero lo realizable (o no) depende de lo que, en las colectividades, son capaces de producir los sujetos, lo que, a su vez, pasa por la clase de sujetos que sean-hayan sido hechos. Considera que, así como los relatos están conformados en torno a un ordenamiento subjetivo, tanto en el sentido de ser producidos por quien los cuenta, como en el de que esa producción es en cierto modo, arbitraria, construida, la realidad misma también lo está. Esta adquiere sentido y existe, como lo que entendemos por “el mundo”, mediante una producción

intersubjetiva.<sup>5</sup> El orden que se realiza es, por lo tanto, necesariamente contingente y no puede, en modo alguno, en tanto producción humana, ser ajeno a una serie de intencionalidades. En otras palabras, muchos órdenes son posibles, por lo que se hace necesaria la búsqueda de aquel que se considere más aceptable. La vida política es, entonces, como declara el título mismo de una de sus obras previas, una *conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*.

Lechner contribuye a repensar el dominio de lo político a partir de las relaciones conflictivas y a la democracia como un orden necesariamente vinculado a la producción de pluralidad. De ella no emana la mera competencia ligada a la toma de decisiones colectivas, sino realmente la producción de la forma misma de sociedad, a través de la pugna por la imposición de proyectos estructurantes de la misma, por “articular los equívocos significados de las relaciones sociales en una interpretación globalizante del mundo” (Lechner, 2013, p. 342). Esta interpretación, a la par de ser contingente, será permanentemente desafiada, toda vez que la unidad en torno a ella sólo puede ser formal, al no existir igualdad material entre los sujetos. El orden no necesariamente implica (y, de hecho, prácticamente nunca lo hace) un contexto de control y armonía, sino la victoria temporal y, por lo tanto, susceptible de diluirse en términos de su potencia y posicionamiento, de un cierto proyecto político, simbólico, cultural, discursivo y emotivo, por encima de otros.

Lo anterior no es menor. En primer lugar, porque reconocer el carácter constructivista de la política trae consigo un rechazo de la naturalización de lo social, donde no cabrían alternativas frente al *status quo* (Lechner, 2015, p. 167), y se da “una objetivación de lo social a la vez que una des-subjetivación de la reflexión” (Lechner, 2015, p. 173). En segundo lugar, porque ayuda a comprender la importancia del orden democrático como proyecto. El reconocimiento de que todo orden es, por naturaleza

---

5 Este posicionamiento acerca el pensamiento del autor, en alguna medida, a posturas epistemológicas como el fenomenalismo y el constructivismo social. La materialidad de lo real, incontestable, no es lo que determina realmente lo que es el *mundo* humano, si no que éste es aquello que se produce a partir de las interpretaciones compartidas.

y necesidad, un proyecto contingente y subjetivo, también clarifica que toda explicación sobre por qué un cierto orden dado no consigue materializarse, debe pasar por analizar las subjetividades y subjetivaciones políticas. En este punto, Lechner coincide con Hinkelammert (2000), con respecto a que lo “posible empírico” es determinado con base en lo “imposible empírico”, y en este sentido, no perdamos de vista la importancia que da a la utopía con respecto a la construcción de proyectos.

Sobre la cuestión del reconocimiento de las relaciones de antagonismo y agonismo como la sustancia de lo político, resultan evidentes las deudas que Lechner tiene con el pensamiento de Carl Schmitt, para quien el dominio político tiene que ver con una constante búsqueda del orden social, caracterizada por relaciones conflictivas. Por su parte, Lechner concibe principalmente la política como proceso de subjetivación, mismo que requiere del reconocimiento del otro. La importancia que pone a este proceso diverge de forma importante del planteamiento schmittiano, en el cual el lugar de los sujetos como constructores del orden social no es suficientemente reconocido. En cambio, para Lechner los sujetos son tantos constituidos por la subjetivación, como participantes en la constitución de las subjetividades. De este modo, la posición teórica de Lechner tiende puentes con la teoría política agonista, de cuño posmarxista, que también recupera postulados clave de Carl Schmitt y reconoce la dimensión inevitablemente partisana de todo planteamiento político (Laclau y Mouffe, 1987). Son claros puntos de coincidencia entre la idea de Lechner de la política como una lucha por el orden, y las nociones de Laclau y Mouffe (1987) sobre ésta como el teatro de lucha de fuerzas inevitablemente orientadas a buscar la producción e instalación de hegemonías, así como a las nociones en torno a cómo la construcción de la subjetividad, en la democracia, pasa por concebir al otro como una amenaza de tipo no existencial, contra la que se pugna sin buscar su exterminio. La necesidad de poder plantear proyectos de transformación social con los cuales se puedan identificar amplias mayorías de la que habla Lechner se encuentra con la idea de la construcción discursiva del pueblo en la noción de la dimensión populista de toda democracia en Laclau y Mouffe. Tampoco es casualidad, con respecto a estos pun-

tos de encuentro entre teorías, la relación entre ambos posicionamientos teóricos y el marxismo, con respecto al cual se admiten influenciados (y plantean recuperaciones e re-interpretaciones de varios de sus postulados) pero del que, a la vez, toman distancia, proponiendo la superación su esencialismo determinista y teleológico. Finalmente, otro espacio de coincidencia entre ambas perspectivas tiene que ver con la atención que prestan a la dimensión política de las emociones.

Precisamente este último aspecto, es un aporte interesante de Lechner: el reconocimiento de la dimensión política de los sentimientos. Da un papel central al miedo y al deseo, inseparables de la experiencia humana, como elementos en cierta forma fundantes de lo político, en tanto motores que impulsan las distintas identificaciones de los sujetos. Para él, los sentimientos influyen en la creación de expectativas y, a su vez, estas determinan la posibilidad de crear relaciones de confianza, a partir de las cuales, un cierto futuro se hace susceptible de poder existir (Lechner, 2014, pp. 150-154). Lechner afirma que la estructura afectiva de las personas, determina “el significado del tiempo”, en conjunto con las necesidades, tanto objetivas como subjetivamente construidas, y otros elementos del entorno de los sujetos. El tiempo es percibido y utilizado de manera distinta, dependiendo de las necesidades que sea necesario cubrir y de los sentimientos y expectativas que se generen a partir de ello. Es decir, los sentimientos influyen en cómo tienen lugar las expectativas, y viceversa, lo que conlleva una gran importancia para la vida política. Lechner advierte también como las emociones pueden ser (y son) influenciadas y canalizadas por actores políticos colectivos y sus propios discursos sobre el orden. La apropiación e ideologización de las emociones, en especial del miedo, por parte de ciertas posiciones, es una realidad que no puede ser ignorada, como contundentemente analiza para el caso del autoritarismo. El nuevo autoritarismo, ese que precisamente re-emerge paulatinamente en el contexto actual, desde ambos extremos del espectro político (lo que hace rotundamente actual la argumentación de Lechner), “no adoctrina ni moviliza como el fascismo. Su penetración es subcutánea; le basta trabajar los miedos” (Lechner, 2014, p. 161).

Otra de las contribuciones fundamentales del autor en relación con su idea de orden social, tiene que ver con que la construcción de este “está íntimamente vinculada a la producción social del espacio y del tiempo” (Lechner, 2015, p. 219), pues da un sentido propio a las nociones de cambio y continuidad “a través de la estructuración del acontecer en pasado, presente y futuro” (2015, p. 19). Las subjetividades fundantes del mismo implican el desarrollo de una historia, de relatos que nos permiten asumir de dónde venimos, quienes somos ahora, y hacia dónde hemos de dirigirnos. El campo de la memoria (siempre construida, siempre, en parte, ficticia) se vuelve territorio de batalla, porque “se lucha por el sentido del presente para delimitar los materiales con los cuales construir el futuro” (Lechner, 2015, p. 204). Y es que, al mismo tiempo, los límites de la visión de los sujetos sobre el presente, son fronteras para el planteamiento de utopías y, por consiguiente, de proyectos de transformación. Por su parte, las expectativas sobre el futuro, condicionan a su vez el presente, ya que “[no] sólo el pasado echa sombras, también el mañana. Son las fuerzas que nos inhiben de imaginar lo nuevo” (Lechner, 2015, p. 168) y que establecen, en términos de Koselleck (1993), los límites de la experiencia posible.

Esta reflexión es de suma importancia para la comprensión de fenómenos políticos actuales, como el de la re-emergencia de los populismos y el uso que hacen éstos de la narrativa para conformar una identidad homogeneizadora en torno a sus ideas de pueblo y antipueblo, que son simultáneamente producidas y justificadas discursivamente por sus relatos históricos y promueve una polarización social extrema que, a la vez, deriva en movilizaciones que buscan capitalizar. También brinda luz para pensar en fenómenos como el distanciamiento, cada vez mayor, de importantes sectores de la ciudadanía con los partidos y la clase política tradicional, y la insatisfacción con las democracias en las que viven, pues no solamente les han quedado a deber en términos de su desempeño (y la transformación de las condiciones materiales de su vida), sino que los relatos que presentan no logran resultarles convincentes.

Vale la pena destacar respecto a la producción social del tiempo, lo que dice sobre el uso de este como dispositivo de poder, ya que, por ejemplo, el control sobre el establecimiento de los plazos disponibles incide directamente sobre las posibilidades de acción política. En la práctica, la pugna por el poder público se caracteriza por los intentos de todos los actores por disponer siempre de más tiempo. La clase política, en toda democracia realmente existente, está preocupada sobremanera por ganar las elecciones, al grado de ser esto una consideración que determina los límites de su voluntad política para asumir los costos derivados de tomar ciertas decisiones y promover cambios; pero en América Latina, puede decirse que su forma de priorizar este acceso al tiempo (en el poder) es patológicamente aguda. Considerar lo anterior es pertinente en un mundo en que una de las grandes preocupaciones, con respecto a la democracia, tiene que ver con sus las deudas pendientes (que da cada vez más la impresión de que nunca será capaz de pagar); pero es todavía más pertinente en los países latinoamericanos, que tan claramente adolecen de falta de continuidades mínimas en la ejecución, por parte del aparato burocrático del Estado, de políticas públicas y planes de desarrollo. Un buen ejemplo es México, que se reinventa radicalmente al terminar cada periodo sexenal de gestión del gobierno en turno, en sus tres niveles que componen en los que está compuesta su federación.

En la teorización de Lechner sobre cómo el tiempo es socialmente construido y la naturaleza política del mismo o de sus derivaciones, no resulta necesario inferir la influencia de Niklas Luhmann, pues la reconoce abiertamente en *Los patios interiores de la democracia*. Recupera la noción luhmanniana de *futuro actual y presente venidero*, pues “[somos] contemporáneos de un futuro que sólo parcialmente será más adelante nuestro presente” (Lechner, 2014, p. 147). Lechner incluso hace uso de algunos elementos de la teoría de los sistemas sociales de Luhmann para analizar las transformaciones que se han dado en la construcción del espacio social, exponiendo estas, al menos en parte, como causadas por “los procesos de diferenciación funcional que, dentro de cada sociedad, provocan una mayor autonomización de los distintos ‘subsistemas’” (Lechner, 2015, pp. 181-182). Sin embargo, toma y utiliza estos ele-

mentos de forma crítica y moderada, es decir, evita darles una posición explicativa central y excluyente. Discrepa claramente con las implicaciones de asumir plenamente los postulados fuertes de Luhmann, pues rechaza la naturalización de lo social implícita en una posición sistémica dura. En sus palabras, desde una perspectiva así, el proceso social “no respondería a ninguna intencionalidad” (Lechner, 2015, p. 175), quedando subordinado “a la dinámica espontánea de la autorregulación” (2015, p. 175), por lo que niega categóricamente un orden social que sea autónomo de la subjetividad.

A nuestro juicio, esto último ejemplifica uno de los aspectos de los textos lechnerianos que ha tenido y continuará teniendo) una gran influencia sobre la forma de hacer ciencias sociales: el autor demuestra, de manera verdaderamente orgánica, cómo leer, interpretar e integrar otras posiciones teóricas, retomando varios de sus postulados y erigiéndolos como ejes de análisis de la propia, sin restarle a dichos elementos potencia explicativa para los propósitos argumentativos de su producción. Es capaz de integrar coherentemente elementos de pensamiento sistémico, en este caso, sin por ello ceder un ápice en su capacidad para argumentar en favor de la relevancia de los sujetos políticos. Esta característica, permite que sus textos, además de su riqueza al revisar distintos temas, se conviertan en una suerte de modelos pedagógico-metodológicos para la construcción de pensamiento teórico.

Lechner también contribuye a sentar bases teóricas para el desarrollo de una sociología de la vida cotidiana, que sitúa como “una cristalización de las contradicciones sociales que nos permiten explorar en la ‘textura celular’ de la sociedad algunos elementos constitutivos de los procesos macrosociales” (Lechner, 2014, pp. 140-141). Estamos hablando de un trabajo relevante para colaborar con los cimientos de una disciplina. No se limita a exponer la importancia de su estudio, sino que acomete la tarea de esclarecer una perspectiva para este, distinta de la de figuras como Agnes Heller, Alain Touraine y Norbert Elias. Su posición, que recupera aspectos de la obra de Gouldner (1975) y Heller (1977), abre sus propios caminos, apuesta por la comprensión de la vida cotidiana en el

presente sociológico, criticando la limitación de abordarla sólo desde un enfoque histórico. La define como la vida rutinaria que “por su carácter común y repetitivo apenas es percibida” (Lechner, 2014. p. 136), pero que permite establecer criterios de distinción y, por lo tanto, de inclusión-exclusión, para definir y evaluar lo normal y lo anormal, lo que implica, entonces, lo natural, en contraposición con lo cual es posible concebir y, por tanto, temer “los riesgos de una vida no predeterminada” (2014, p. 136). Expone cómo, si bien hay una serie de marcos disciplinares que abordan las relaciones que *a priori* conformarían la vida cotidiana, ella está determinada por “la significación que cada una de ellas adquiere en relación con las demás” (2014, pp. 139-140). También reivindica el papel del sentido común, criterio de (cierta) racionalidad distinta a la científica y a disposición de la población general, como un elemento que en la práctica permite intuir lo cotidiano y no cotidiano a las poblaciones, pero también como una forma válida de interpretar la realidad, en tanto construye realidad.

En sus consideraciones sobre el estudio de la vida cotidiana, Lechner pone bajo la lupa la cuestión de que son necesarias transformaciones en ella para que puedan acaecer los cambios sociales radicales. Esta cuestión ya había sido remarcada por Tocqueville desde 1835, pero la imposición de la distinción público-privado contemporánea y la preocupación por una gran crítica social orientada a producir el gran cambio social (revolucionario) la orillaron a las periferias del pensamiento, restándole importancia por mucho tiempo. El autor aclara que, en modo alguno, se puede hacer de la vida cotidiana el fundamento para comprender plenamente el devenir histórico y político, pero también que, no tomarla en cuenta, trae consigo una insuficiencia para asir de forma integral los fenómenos sociales estudiados. Para él, la manera apropiada de abordar la vida cotidiana (desde una sociología de la misma) consiste en “reconstruir los ejes de clasificación simbólica” (Lechner, 2014, p. 139) que elaboran colectividades determinadas para estructurar lo cotidiano y lo no cotidiano. Lo cual, por supuesto, reviste una relevancia mayúscula, porque, de entrada, se parte de aceptar que existen múltiples colectividades al interior de las comunidades políticas.

Esto tiene derivaciones de peso. Una de ellas, es que permite abordar las relaciones entre las experiencias de grupos específicos que determinan sus particulares realidades cotidianas, tanto la producción como la proyección reivindicatoria de sus propias subjetividades políticas. Dicha proyección deviene en muy particulares búsquedas sobre el establecimiento del orden social y, dicho sea de paso, muy legítimas. Consideremos, por ejemplo, la manera en cómo, en las últimas décadas, a partir de lo que Kymlicka y Norman (1997) llaman “el retorno del ciudadano”, es decir, el renovado interés en el ámbito académico por la discusión en torno a la ciudadanía, se han multiplicado los esfuerzos para visibilizar, conceptualizar y promover desde el activismo, concepciones adjetivadas de ciudadanía, vinculadas con la subjetividad de grupos sociales específicos (ciudadanías étnicas, feministas, infantiles y juveniles, migrantes, rurales, etcétera).

Además de todo lo dicho, hay todavía una multitud más de reflexiones de sumo interés en estos dos trabajos insignia de Lechner, que directa o indirectamente tocan temas relevantes como la globalización, la emergencia de la antipolítica, la sociedad civil, la identidad nacional y la memoria histórica, entre otros, pero no las abordaremos, por cuestiones de espacio. A pesar de todo lo que dejamos fuera, la riqueza de las aportaciones de Norbert Lechner que hemos expuesto, basta para reconocer la influencia de su obra, hacer patente la vigencia de su pensamiento y revalorar las posibilidades que se derivan de construir programas de investigación que retomem su propuesta multidimensional para analizar la realidad sociopolítica y sigan el ejemplo de su forma de acometer las empresas intelectuales con un espíritu crítico y ecléctico, pero firmemente asentado en la consistencia teórica.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bobbio, N. (1984). *Il futuro della democrazia*. Einaudi.
- Burbano de Lara, F. (2004). Las búsquedas de Norbert Lechner. *Íconos*, 19, 141-146.
- Camou, A. y Di Pego, A. (2017). La lectura latinoamericana de Hannah Arendt en los escritos

- tempranos de Norbert Lechner (1970-1984). *Perfiles Latinoamericanos*, 25(49), 277-311.
- Covarrubias, I. (2015). *Los espejos de la democracia. Ley, espacio político y exclusión*. UACM-Gedisa.
- Covarrubias, I. (2017). *Transformaciones contemporáneas de la democracia*. Ediciones UNTDF.
- Delsol, C., y G. De Ligio (dir.) (2019). *La démocratie dans l'adversité. Enquête internationale*. Cerf.
- Fukuyama, F. (2006). *The End of History and the Last Man*. Free Press.
- Gouldner, A. (1975). Sociology and the Everyday Life. En L. Coser (ed.). *The Idea of Social Structure*. Free Press.
- Guzmán, V. (2007). Norbert Lechner: Conversaciones a través del tiempo. Ponencia presentada en el seminario Pensar lo real y lo (im)posible: la construcción del orden social. Actualidad del pensamiento de Norbert Lechner. Santiago de Chile: 14 y 15 de junio de 2007. Disponible en: <https://www.cem.cl/pdf/Lechner.pdf>
- Herrera, H. y J. Aguirre (2019). Hacia un concepto específico de lo político. Convergencias y divergencias entre las propuestas de Schmitt y Hinkelammert. *CIENCIA Ergo Sum*, 25(3).
- Hinkelammert, F. (2000). *Crítica a la razón utópica*. Costa Rica: Departamento Ecuménico de Investigaciones.
- Heller, A. (1977). *Sociología de la vida cotidiana*. Península.
- Huntington, S. P. (1995). *La terza ondata. I processi di democratizzazione alla fine del XX secolo*. Il Mulino.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós.
- Kymlicka, W., y W. Norman (1997). El retorno del ciudadano. Una revisión de la producción reciente en teoría de la ciudadanía. *Agora*, (7), 5-42.
- Laclau, E., y C. Mouffe (1987). *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. Siglo XXI Editores.
- Lechner, N. (2012). La democracia en Chile. En N. Lechner. *Obras I. Estado y derecho*. FLACSO-FCE. Versión electrónica, pp. 23-146.
- Lechner, N. (2013). La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado. En N. Lechner. *Obras II. ¿Qué significa hacer política?* FLACSO-FCE, versión electrónica, pp. 242-387.
- Lechner, N. (2014). Los patios interiores de la democracia: subjetividad y política. En N. Lechner. *Obras III. Democracia y utopía: la tensión permanente*. FLACSO-FCE, versión electrónica, pp. 108-219.
- Lechner, N. (2014a). La democracia entre la utopía y el realismo. En N. Lechner. *Obras III. Democracia y utopía: la tensión permanente*. FLACSO-FCE, versión electrónica, pp. 354-365.

- Lechner, N. (2015). Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política. En N. Lechner. *Obras IV. Política y subjetividad*. FLACSO-FCE, versión electrónica, pp. 161-251.
- Pereda, C. (2021). *Pensar México y otros reclamos*. Gedisa-UNAM.
- Rovira Mas, J., M. Rivera, E. Sader H. y Gandásegui (2009). Edelberto Torres-Rivas: dependencia, marxismo, revolución y democracia. *Crítica y Emancipación*, (2), 27-76.
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. FCE.
- Roy, O. (2022). *L'aplatissement du monde. La crise de la culture et l'empire des normes*. Seuil.
- Vázquez Calero, F. (2004). Norbert Lechner. In memoriam. *Metapolítica*, 8(36), 96-98.